

Revista de Occidente

Director:

José Ortega y Gasset



Sumario

M. O. GERSCHENSON y V. I. IVANOV: *Correspondencia desde un ángulo a otro* * P. J. LUCIA: *Bosquejo de una filosofía de la técnica* * VICENTE ALEXANDRE: *La destrucción o el amor* * LUIS SANTA MARINA: *La Universidad de Alcalá* * X. ZUBIRI: *Sobre el problema de la filosofía.*

NOTAS.—ANTONIO MARICHALAR: *Escolio romántico* * JOSÉ ANTONIO MARAVALL: *Antonio Marichalar: Mentira desnuda.*

Viñeta de ONTARÓN.

Revista de Occidente

Publicación mensual

Director: José Ortega y Gasset

Secretario de Redacción: Fernando Vela

Madrid — Apartado 12.206

Avenida Pí y Margall, 7 (segundo trozo Gran Vía)

Índice del núm. CXVIII

	Págs.
M. O. GERSCHENSON Y V. I. IVANOV: <i>Correspondencia desde un ángulo a otro</i>	1
P. J. LUCIA: <i>Bosquejo de una filosofía de la técnica</i>	38
VICENTE ALEIXANDRE: <i>La destrucción o el amor</i>	58
LUIS SANTA MARINA: <i>La Universidad de Alcalá</i>	65
X. ZUBIRI: <i>Sobre el problema de la filosofía (continuación)</i>	83
NOTAS:	
ANTONIO MARICHALAR: <i>Escolto romántico</i>	118
JOSÉ ANTONIO MARAVALL: <i>Antonio Marichalar: Mentira desnuda</i>	124

Viñeta de ONTAÑÓN

Condiciones de venta y suscripción

ESPAÑA:

Número suelto	3,50 pesetas
Suscripción anual.....	34 »
— semestral	18 »

EXTRANJERO:

Número suelto	4,25 »
Suscripción anual.....	42 »
— semestral	23 »

REPÚBLICA ARGENTINA:

Número suelto	1,75 pesos.
Suscripción anual.....	16 —
— semestral	9 —

Esta revista se encuentra a la venta en PARIS en la librería de

LEÓN SÁNCHEZ CUESTA

10, rue Gay-Lussac, PARIS (V)

Precio del ejemplar: 19 francos.

BIBLIOTECA DE LA REVISTA DE OCCIDENTE

O B R A S P U B L I C A D A S

- Victoria Ocampo: *De Francesca a Beatrice*, 2.^a edición. Con un epílogo de José Ortega y Gasset * 6 ptas.
- Lord Dunsany: *Cuentos de un soñador* * 5 ptas.
- Jorge Simmel: *Filosofía de la coquetería* * 5 ptas. Agotada.
- A. Wegener: *La génesis de los continentes y océanos* * 7 ptas. Agotada.
- A. Schulten: *Tartessos* * 12 ptas.
- G. Worringer: *La esencia del estilo gótico* * 10 ptas.
- Bernard Shaw: *Santa Juana*. Crónica dramática en seis escenas y un epílogo * 6 ptas. Agotada.
- Eugenio d'Ors: *Mi Salón de Otoño* * 6 ptas. Agotado.
- Eduardo Schwartz: *Figuras del mundo antiguo* (1.^a serie) * 6 ptas.
" " " " (2.^a serie) * 5 ptas.
- K. Dieterich: *Figuras bizantinas* * 5 ptas.
- F. Crommelynck: *El estupendo cornudo*. Farsa en tres actos * 4 ptas.
- Gerardo Hauptmann: *La prodigiosa Isla de las Damas*. (Historia de un archipiélago imaginario.) * 8 ptas.
- Vsevolod Ivanov: *El tren blindado N.º 14-69* * 3,50 ptas.
- Lidia Seifulina: *Caminantes* * 4 ptas.
- Leónidas Leonov: *Los Tejones* (novela) * 10 ptas.
- Alfonso Paquet: *Roma o Moscú* * 4 ptas.
- E. Zamiatin: *El farol* * 4 ptas.
- A. von Salis: *El arte de los griegos* (con 65 fotograbados) * 20 ptas.
- Franz Roh: *Realismo mágico (Post-expresionismo)* * 12 ptas.
- E. Zamiatin: *De cómo se curó el doncel Erasmo* * 3 ptas.
- G. Cunninghame Graham: *Santa Teresa* * 30 ptas.
- G. Worringer: *El arte egipcio* (con 29 láminas), en rústica, 10; en tela, 13 ptas.
- G. Pittaluga: *El vicio, la voluntad, la ironía* * 4 ptas. Agotada.
- Antonio Espina: *Luna de copas* (novela) * 3,50 ptas.
- Waldo Frank: *Redescubrimiento de América* 2.^a edición * 10 ptas.
" *España virgen*, 2.^a edición * 9 ptas.
" *Primer mensaje a la América hispana* * 10 ptas.
- Benjamín Jarnés: *Paula y Paulita* * 5 ptas.
- J. Hessen: *Teoría del conocimiento* * 5 ptas.
- E. Husserl: *Investigaciones lógicas* * Cuatro tomos, en rústica, a 10 ptas. cada tomo. En tela, dos tomos, 45 ptas.
- J. Huizinga: *El otoño de la Edad Media* (dos tomos); cada uno 10 pesetas.
- W. Brand y M. Deutschbein: *Introducción a la filosofía matemática* * 6 ptas.
- Soren Kierkegaard: *El concepto de la angustia* * 7 ptas.
- Teodoro Celm: *El idealismo fenomenológico de Husserl* * 10 ptas.
- Guillermo Schapp: *La nueva ciencia del Derecho* * 10 ptas.
- Radl: *Historia de las teorías biológicas* (dos tomos) * 35 ptas.
- Aloys Müller: *Introducción a la filosofía* * 12 ptas.
- Bertrand Russell: *Panorama científico* * 8 ptas.
- Bonn: *Prosperity* * 6 ptas.
- Hugo Obermaier: *El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad* * 15 ptas.
- Heinz Heimsoeth: *La metafísica moderna* * 14 ptas.
- Teodoro Litt: *La ética moderna* * 11 ptas.
- Alois Dempf: *Filosofía de la cultura* * 10 ptas.
- Hans Roger Madol: *Godoy, el primer dictador de nuestro tiempo* * 14 ptas. (con ocho fotograbados).

BIBLIOTECA DE LA REVISTA DE OCCIDENTE

OBRAS DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Meditaciones del Quijote. Vol. I; 2.ª edición * 5 ptas. Agotado.
Personas, obras, cosas, 2.ª edición * 6 ptas. Agotado.

El Espectador, núm. I, 3.ª edición * 5 ptas. Agotado.
* núm. II, 3.ª edición * 5 ptas. Agotado.
* núm. III, 2.ª edición * 5 ptas. Agotado.
* núm. IV, 2.ª edición * 5 ptas. Agotado.
* núm. V, 2.ª edición * 5 ptas.
* núm. VI * 5 ptas. Agotado.
* núm. VII, 2.ª edición * 5 ptas.

La deshumanización del arte * 5 ptas. Agotada.

Las Atlántidas. (Suplemento número 2 a la *Revista de Occidente*.) * 10 ptas. Agotada.

Espíritu de la letra * 5 ptas. Agotado.

Triptico. I. Mirabeau o el Político * 3 ptas. Agotado.

* II. Dinámica del tiempo (en prensa).

* III. Paisaje con una corza al fondo (en prensa).

España invertebrada, 2.ª edición * 5 ptas.

Vieja y nueva política, 2.ª edición * 2,50 ptas. Agotado.

El tema de nuestro tiempo, 2.ª edición * 6 ptas. Agotado.

Kant * 2 ptas.

LA REBELION DE LAS MASAS, 4.ª EDICION * 9 ptas.

Misión de la Universidad * 3 ptas. Agotado.

LA REDENCION DE LAS PROVINCIAS * 5 ptas.

RECTIFICACION DE LA REPUBLICA * 4 ptas.

GOETHE DESDE DENTRO * 7 ptas.

La Reforma Agraria y el Estatuto catalán. (Discursos pronunciados en las Cortes Constituyentes por don Juan Díaz del Moral y don José Ortega y Gasset) * 4 ptas.

MUSAS LEJANAS: MITOS / CUENTOS / LEYENDAS

- I. León Frobenius: *El Decamerón Negro* * 6 ptas. Agotada
- II. *Cantos y Cuentos del Antiguo Egipto*. (Con unas Notas sobre el alma egipcia, por José Ortega y Gasset.) * 5 ptas. Agotada.
- III. *Cuentos populares de China* * 5 ptas.
- IV. Pablo Tuffrau: *La leyenda de Guillermo de Orange* * 5 pesetas.
- V. P. Walters y C. Petersen: *Leyendas heroicas de los germanos* * 5 ptas.
- VI. *El cantar de Roldán* * 5 ptas.
- VII. *Veinte cuentos de la India* * 5 ptas.
- VIII. Pedro Salinas: *Poems de Mio Cid* * 5 ptas. Agotada.
- IX. *Cuentos Malayos* * 5 ptas.
- X. *Cuentos de la Edad Media* * 5 ptas.
- XI. *Trece fabliaux franceses* * 4 ptas.
- XII. *Cuentos y leyendas de la vieja Rusia* * 5 ptas.
- XIII. *Leyendas polacas* * 4 ptas.
- XIV. *Chung-Kuei, domador de demonios* * 6 ptas.

MANUALES DE FILOSOFÍA

- I. A. Pfänder: *Lógica* * 12,50 ptas.

BIBLIOTECA DE LA REVISTA DE OCCIDENTE

LOS GRANDES PENSADORES

- I. *La filosofía presocrática. Sócrates y los sofistas* * 5 ptas. Agotada.
- II. *Platón, Aristóteles* * 5 ptas. Agotada.
- III. *San Agustín, Santo Tomás, Giordano Bruno* * 5 ptas. Agotada.
- IV. *Descartes, Spinoza, Leibnitz* * 5 ptas. Agotada.
- V. *Locke y Hume, Kant, Fichte* * 5 ptas.
- VI. *Hegel, Schopenhauer, Nietzsche* * 5 ptas.

Esta colección se vende también en tres tomos a 10 pesetas.

- R. Wilhelm: *Laotsé y el Taoísmo* * 5 ptas.
R. Wilhelm: *Kungtsé (Confucio)* * 5 ptas.
R. Pischel: *Vida y doctrina de Buddha* * 6 ptas.

CENTENARIO DE GÓNGORA

- I. *Soledades*. (Editada por Dámaso Alonso, con prólogo y versión prosificada) * 5 ptas.
- II. *Romances*. (Editados por J. M. de Cosío) * 5 ptas.
- III. *Antología poética en honor de Góngora*, recogida por Gerardo Diego * 5 ptas.

HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

POR EL PROFESOR A. MESSER

- I. *Filosofía antigua y medieval* * 6 ptas. Agotada.
- II. *Filosofía moderna (Del Renacimiento a Kant)* * 5 ptas. Agotada.
- III. *Filosofía moderna (De Kant a Hegel)* * 6 ptas. Agotada.
- IV. *La filosofía en el siglo XIX (Empirismo y naturalismo)* 2.ª edición * 6 ptas.
- V. *La filosofía actual*, 2.ª edición * 8 ptas.

CUADERNOS DE POLÍTICA

I

Godehard J. Ebers: *Derecho eclesiástico del Estado* * *La naturaleza jurídica de los bienes afectados al culto oficial* * 4,50 pesetas.

II

J. Laski: *Introducción a la política* * 4 ptas.

III

José Ortega y Gasset: *Rectificación de la República* * 4 ptas.

IV

Alfredo Weber: *La crisis de la idea moderna del Estado en Europa* * 5 ptas.

BIBLIOTECA DE LA REVISTA DE OCCIDENTE

ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS

MÜLLER-LYER: *LA FAMILIA* * 15 ptas.

LOS POETAS

F. García Lorca: *Primer romancero gitano*, 2.ª edición. * 5 ptas.
Agotado.

F. García Lorca: *Canciones* * 5 ptas.

Jorge Guillén: *Cántico* * 5 ptas.

Pedro Salinas: *Seguro azar* * 5 ptas.

Rafael Alberti: *Cal y canto* * 5 ptas.

LIBROS DE POLÍTICA

II. Charlotte Lutkens: *El Estado y la sociedad en Norteamérica* * 8,50 ptas.

II. Paul Haensel: *La política económica de la Rusia soviética* * 8,50 ptas.

LIBROS ROMÁNTICOS

Goethe: *Penas del joven Werther* * 5 ptas.

* *Pensamientos* * 4 ptas.

Enrique Heine: *Noches florentinas y Espiritus elementales* * 5 pesetas.

A los suscriptores de la REVISTA DE OCCIDENTE se les enviarán los libros, francos de porte, con un 20 por 100 de descuento.

Correspondencia desde un ángulo a otro

(ENTRE M. O. GERSCHENSON
Y V. I. IVANOV)

(Conclusión.)

VIII

A V. I. IVANOV

¡ES usted una sirena, amigo mío! Su carta de ayer es la seducción misma. Parecía que la cultura personificada ejercía sobre mí el atractivo de sus riquezas advirtiéndome amorosamente el peligro de romper con ella. Su voz es para mí irresistible. ¿No soy acaso hijo suyo? Y no un hijo pródigo, como usted piensa, sino lo que es más doloroso, hijo de una madre pródiga. Su diagnóstico, mi querido doctor, es absolutamente falso y ya es hora de explicarme con mayor claridad. Ni deseo en modo alguno retrotraer la humanidad a las concepciones y a las costumbres

de los habitantes de las islas Fidji, ni quiero desaprender a leer y escribir, ni pretendo ahuyentar las musas, ni sueño precisamente con las florecillas del prado immaculado. Me parece que tampoco Rousseau, cuyo ensueño ha sembrado la inquietud en Europa, soñaba en hacer «tábula rasa». Hubiera sido un empeño absurdo que no hubiera seducido a nadie. Usted ha formulado esta vez el problema fundamental de nuestra discusión. Le parecería a usted hasta aquí que, cansado de las conquistas exteriores de la cultura, estaba yo en mi irritación dispuesto imprudentemente a vaciar la bañera de todo su contenido, el agua y el niño... ¡No, no! De lo que no ceso de hablar es de las tentaciones en el interior de espíritu, del veneno en la sangre que es la vida misma. Hablo precisamente de lo que tiene más valor, de lo esencial adquirido por la experiencia milenaria, de eso que usted llama las iniciaciones auténticas de los antepasados, de la verdad objetiva e inmutable; y digo precisamente que esa fuente viva del ser espiritual está envenenada, que ya no vivifica las almas, sino que las mata. Se trata precisamente del carácter dinámico de la verdad adquirida por nuestro propio conocimiento, de su facultad de engendrar nuevas iniciativas en el espíritu. Usted escribe: «Pues la memoria entronizada sobre la cultura hace partícipes de las iniciaciones a sus verdaderos servidores, les comunica la fuerza de iniciativa, la de los nuevos comienzos y de las nuevas audacias.» ¡Ah, si esto fuera cierto! Fué cierto antaño, pero ha dejado de serlo ya. Las revelaciones hechas a los antepasados

se han transformado en momias, en fetiches, y no penetran ya el alma como descarga saludablemente destructora y fecunda, sino que la aplastan bajo una avalancha de bloques de granito y de detritus de ideas, rotas y trituradas. La verdad objetiva existe y no existe; existe realmente sólo como vía, como dirección, pero no existe como dato perfectamente definido que se pueda y deba apropiarse según las palabras de Goethe que usted aduce. Si fuera cierto que la verdad estuviera desde «largo tiempo descubierta», la vida, qué duda cabe, no valdría la pena de ser vivida. En las «iniciaciones» de los antepasados no es el contenido lo que importa, ya que el contenido de toda verdad conocida por el hombre es condicionada, contingente, y es, por tanto, falaz y perecedera; lo importante es su metodología, si es que esta palabra puede tener aquí lugar. Usted sabe mejor que nadie que toda la expresión de la verdad es simbólica, sólo un signo, un sonido que arranca la pereza de su sueño y que nos incita a dirigir la mirada hacia el lado de donde viene el sonido. Hablando del carácter de la iniciativa que tiene la verdad como de un fenómeno constante, usted se representa la vida humana, no como en realidad es, sino precisamente como yo hubiera deseado que fuera. Yo digo: las iniciaciones de los antepasados se han petrificado, transformándose en valores tiránicos, que seducen y atemorizan e inspiran al individuo una obediencia servil y hasta de buen grado consentida, mientras otras lo envuelven en brumas velando su mirada.

Ya escribí hace tiempo acerca de esto, y para no repetir, citaré aquellas páginas. He aquí lo que decía: «Todos sabían que Napoleón no nació emperador. Cualquiera mujer de pueblo, espectadora entre la muchedumbre, de una revista suntuosa, hubiera podido exclamar al verle: Hele aquí emperador; después de haber casi perdido su nombre personal es el soberano de los pueblos; pero envuelto en pañales no era nada a los ojos del Universo, solamente el hijo de su madre. Y lo mismo pienso admirando en un Museo un cuadro célebre. El artista lo pintó para él mismo; en la creación eran inseparables el uno del otro, él estaba en su obra y ésta en él, pero he aquí que la obra ha sido elevada sobre el trono del Universo y transformada en valor objetivo.»

Todo lo objetivo nace en el individuo, y en su origen sólo a él pertenece. Cualquiera que sea el valor, su historia presenta siempre las tres fases que Napoleón atravesó: Primero, algo que no es nada a los ojos del Universo, luego el guerrero y el jefe militar, en fin, el soberano del mundo. Como Napoleón en Ajaccio, el valor es libre y sincero en su infancia, juega y crece, sufre en libertad, sin atraer miradas codiciosas. *Hamlet* sólo una vez floreció en toda la plenitud de su verdad, en Shakespeare; la *Madona Sixtina*, en Rafael. Luego un día el Universo arrastra este valor floreciente en sus luchas profanas. En el mundo nadie necesita de esta plenitud. El mundo adivina el valor, la potencia inicial que el Creador ha puesto en él y quisiera utilizar esta potencia en beneficio propio; su actitud en relación

a ella está dictada por la codicia, y ésta es siempre concreta. He aquí por qué tan pronto como es utilizada por la multitud, el valor se diferencia siempre, se divide en fuerzas definidas, en significaciones particulares que han perdido la amplitud inicial y en las que, por consiguiente, se ha volatilizado su esencia. Así como la encina no se utiliza en su estado natural, sino aserrada en planchas, del mismo modo apreciamos el valor sólo cuando su entidad se ha desmenuzado en múltiples aspectos útiles. Finalmente, la utilidad se transforma a su vez en valor universalmente reconocido, y entonces ciñe la corona, presntándose a reinar. Valor coronado es frío y cruel, y con el tiempo se petrifica enteramente, transformándose en fetiche. Y su fisonomía nada conserva de aquella fuerza franca y libre que antes traslucía su rostro. ¡Ha servido a tantas pasiones nobles y bajas! Que le pidiesen sol, que le pidiesen lluvia, ella lisonjeaba a todos, alentando la verdad falsa, la verdad subjetiva de cada cual. Ahora, con absolutismo, dicta sus leyes al Universo, sin prestar atención a súplicas personales. Aquello que una vez fué viviente e individual, cuya sangre fluía cálida, y en que latía un corazón, hoy se ha transformado en ídolo frío, exigiendo en sacrificio algo tan viviente y personal como fué ello mismo al ver la luz. Napoleón emperador y el cuadro entronizado en el Museo son déspotas en el mismo grado.

Junto a estos valores-fetiches, concretos y tangibles, existen valores vampiros, los llamados valores abstractos, que en el mundo de los valores son algo

así como personas jurídicas. Son incorpóreos e invisibles, abstraídos de los valores concretos, pues, en la esfera espiritual, la ley de cohesión actúa como en el mundo físico, en la que la evaporación del agua se condensa en nubes. Los *Hamlet* y las *Madona Sixtina* han engendrado por abstracción el valor universal, Arte; y así nacieron todos, la Propiedad y la Moral, la Iglesia y la Religión, la Nacionalidad, la Cultura—¡y cuántas más!—, todos surgidos de la sangre mejor, de los corazones humanos más ardientes. Cada uno tiene su culto, sus sacerdotes y sus fieles. Los sacerdotes proclaman ante la multitud los «intereses» y las «necesidades» del valor sacrosanto y exigen sacrificios en holocausto. El Estado aspira a la potencia; la Nacionalidad, a la unidad; la Industria, al desarrollo, etc.; así, estos valores espectrales, dirigen realmente el Universo, y cuanto más abstractos, son más voraces y despiadados. Tal vez la última guerra fué sólo una hecatombe sin precedentes, originada por algunos valores inteligibles que habiendo establecido entre sí una alianza, exigieron a Europa mediante sus sacerdotes.

Pero en todo valor abstracto, por obeso que sea su vientre insaciable, se percibe un destello divino. Adora el hombre en él, sin saberlo, la expresión sagrada de uno de sus deseos personales e invencibles, que comparte con la humanidad entera. Sólo en virtud de este sentimiento vivo es fuerte el valor. Cuando como, saciando mi hambre, o cubro mi desnudez, o rezo a Dios, mi acción es sólo mía, simple y personal. Pero he aquí que este elemento personal, eri-

gido en dogma social, se transforma en algo impersonal, y elevándose más, alcanza la esfera extrapersonal, convirtiéndose en un sentimiento aislado, incluido en un orden centralizado y jerárquico; una simple oración ha adquirido las proporciones imponentes de la Teología, de la Religión, de la Iglesia. Lo que sólo era anhelo de mi corazón, se convierte en un deber sagrado; y como objeto precioso, retirado de mis manos, se coloca por encima de mí, promovido al rango de ungido del Señor.

El pobre corazón humano, como haría una madre, ama todavía en este tirano el fruto de sus entrañas, pero llora doblegándose a su voluntad impersonal. Sin embargo, llega la hora en que el amor triunfa de la sumisión; la madre destrona al tirano para abrazar al hijo. He aquí que surge Lutero, el corazón ardiente; destruye el culto, la teología, la iglesia de los papas, a fin de liberar de la complejidad de los sistemas la simple fe individual; la revolución francesa dispersa el misticismo ofrendado a la realeza y coloca al hombre en relación más estrecha con el Estado. Hoy nuevas perturbaciones trastornan la tierra; es la hora en que la verdad individual del trabajo y de la posesión se lanza hacia la libertad, pugnando por escapar a las complicaciones seculares, a las mallas monstruosas de las abstracciones sociales.

Pero ante la humanidad se extiende todavía un largo camino. El cristianismo de Lutero, la república y el socialismo sólo marcan las primeras etapas. Es preciso que lo que fué personal vuelva a serlo enteramente tal como lo fué en su nacimiento. Pero

el pasado no ha sido en vano. El hombre volverá transfigurado a las fuentes de su existencia porque su subjetividad después de luengos años transformada en valor universal y objetivo ha hecho eclosión allá en lo alto de las cimas, acabando por adquirir el carácter de verdad eterna. Parece que estamos construyendo una filogenia cíclica: después de haber alcanzado el punto culminante, el movimiento vuelve atrás, remontando etapa por etapa el camino recorrido. Por esto, toda revolución es un retorno al principio inicial: la monarquía ha sido reemplazada por una asamblea única, el parlamento; el parlamentarismo está llamado a ceder su puesto a una forma todavía más antigua, el federalismo, y así, sucesivamente, hasta que se llegue al punto de partida. Pero las formas antiguas estarán animadas por un espíritu nuevo. Durante el período ascensional, la comunidad era mísera, caótica y estrecha; pero, consecutivamente a su evolución, resultará un aparato bien coordinado con significación universal. Sin embargo, el punto de partida al que todavía habrá de volver, es la personalidad, la cual contendrá en sí toda la amplitud nuevamente adquirida. A medida que transcurran los siglos, la fe volverá a ser simple e individual, el trabajo se transformará en creación personal y jubilosa, la propiedad presentará el carácter de una unión íntima con las cosas. Pero esta vez la fe, el trabajo, la noción de propiedad, quedarán anclados en el seno del individuo, inmutables y sagrados, pero en el exterior infinitamente enriquecidos, como la espiga en relación al grano. El problema consiste en que lo personal vuel-

va a serlo completamente conservando al mismo tiempo su carácter universal; es preciso que el hombre en cada una de sus manifestaciones, como lo hiciera María, reconozca a su hijo y a Dios.

Pero ya no se trata sólo de valores: contra valores aún se puede luchar. Pero ¿cómo luchar contra los venenos de la cultura, infiltrados en la sangre y corruptores de las fuentes mismas de la vida espiritual? Son especulaciones semejantes a mallas de acero, tejidas por la experiencia secular y que cautivan la inteligencia de modo imperceptible y seguro; son las veredas conocidas, a que la pereza vuelve inconsciente; es la rutina del pensamiento y de la conciencia, la rutina de las percepciones; es el tópicos de los sentimientos y los innumerables clichés de las máximas. En la hora de la concepción todo esto acecha a los embriones espirituales y los enlaza en abrazo amoroso para arrastrarlos hacia las vías mil veces recorridas. Finalmente, están las legiones de conocimientos, terroríficos por su número y rigidez; inundan la inteligencia instalándose en nombre de la verdad objetiva, sin aguardar el momento en que una necesidad real escoja de sus filas las que puedan ser útiles: aplastado bajo su peso, el espíritu languidece en sus ligaduras, impotente para asimilarlas verdaderamente o rechazarlas. Lo que me interesa no es el liberarme de toda especulación, sino especular libremente, o sea alcanzar la libertad y la frescura de una contemplación directa; quisiera que la sabiduría de los antepasados no atemorizase a los tímidos, alentando el embotamiento, velando el horizonte, para

que pueda nacer una nueva percepción y un nuevo pensamiento que, lejos de petrificarse en cada una de sus expresiones, alcance una eterna plasticidad en libre progreso hacia el infinito. Ese día aparecerán los joviales peregrinos, esos pobres de espíritu, llenos de curiosidad y alegría a que usted alude. Hoy no existen entre nosotros; sólo hay impostores y nadie puede considerarse extraño ante los altares y los ídolos; usted mismo, querido amigo, sin darse cuenta, sacrifica en muchos altares y adora usted, inconscientemente, muchos ídolos, puesto que, como he dicho, llevamos el veneno en la masa de la sangre. No pretendo inmovilizar a la humanidad sobre una superficie horizontal. ¿No ha sido usted quien ha dicho: «marchemos valientemente adelante, sin volvernos y sin medir el camino recorrido»? Afirmando que en esta llanura, el individuo es precisamente la vertical que en movimiento ascendente debe seguir nuestra cultura.—M. G.

I X

A M. O. GERSCHENSON

Dificulta nuestro diálogo el hecho de revestir el carácter de logomaquia, lo que jamás debió ocurrir. Lo propio de su naturaleza, querido amigo, es el monólogo. Es inútil tratar de llevarle al terreno de la dialéctica: para usted la lógica no tiene fuerza de ley. Poco importan a usted sus contradicciones verbales, cuyo balance hubiera podido presentarle si el

buen gusto no me aconsejara abstenerme de cometer este atentado contra el sentido interior, contra el alma misma de sus confesiones. Ya hemos convenido en que la verdad no debe ser coercitiva. ¿Qué puedo hacer más? ¿Cantar y tocar la flauta? «Hemos tocado la flauta para usted y no os habéis alegrado; nos hemos lamentado entonando canciones melancólicas y no os habéis afligido.» Así se interpelan los niños de la parábola evangélica, pero nosotros ya no somos niños. «Bien cantado», dirá usted al cantor sonriéndole benévolutamente y seguirá su camino; y yo quisiera desearos «buen camino hacia la tierra prometida», pues en ella seguramente soñáis, en sus viñas, en sus higueras («cada cual se sentará bajo su higuera», como dice la Biblia), en sus campos vírgenes, en sus frescos manantiales; mas parece seros indiferente el conocer dónde se encuentra esta tierra prometida, cuál es su naturaleza exacta, saber si tal vez pudiera no ser trascendente a nuestro mundo de fenómenos. ¡Solamente le interesa llegar! (Y en todo caso es seguro que se llegará, puesto que se trata de una tierra de promisión.) Se contentaría usted con contemplarla aunque sólo fuera desde lo alto del monte Nebo, pues en ella resplandece la «triple imagen de la perfección». Y usted no cambiaría su vida nómada y ardiente sed de agua helada (la sed antigua de un pueblo que erró cuarenta años en el desierto) por los pucheros de carne de Egipto, por los templos, pirámides y momias, por toda aquella sabiduría y aquellas iniciaciones egipcias. Usted ha catado los frutos de esta sabiduría, estas iniciaciones, y como Moisés

quisiera olvidarlo todo; el Egipto se le ha hecho odioso, está usted cansado de esta «cultura» de momias, cuya sabiduría no satisface vuestra sed.

¡Qué diferencia entre usted y Nietzsche! Es usted lógico rehusando llevar su carga (que le es tan extraña como el Egipto mismo) sobre sus espaldas, ya resentidas bajo el peso de los valores y tradiciones espirituales. ¿Para qué le hubiera servido emprender con él ese peligroso viaje al desfiladero de la Esfinge, cuyo enigma cantante suena a cada viajero que se encuentra ante ella, con una melodía original, a él sólo destinada? («¿Quién eres y qué eres tú, oh viajero?» Edipo respondió: «un hombre»...) Y, sin embargo, en fin de cuentas, el problema de Nietzsche es vuestro problema: la cultura y la personalidad, el valor, la decadencia y la salud, la salud sobre todo. ¿Qué iniciación individual puede efectuarse en el seno de nuestra cultura sin que el «iniciado» (expresión de los teósofos) no encuentre a Nietzsche como «guardián del dintel»? Nietzsche dijo que «el hombre es algo que debe ser superado», demostrando con esto una vez más que el camino de la liberación del individuo es una vía en sentido de altura y profundidad, un movimiento vertical. ¡Otra vez un obelisco, de nuevo una pirámide! «Sin duda, sin duda», contestará usted con impaciencia, pues vuestra cintura está ceñida y vuestra mirada ardiente mide ya los horizontes del desierto: pero «ante todo salgamos, huyamos de Egipto». Si usted hubiera sido, durante cierto tiempo y en cierta medida, nietzschiano, se hubiera dado cuenta de que en el hombre, esta bestia de carga

de la cultura, semejante al camello (comparación de Nietzsche, su *pathos* de usted), se adivinan las garras del león. Hubiera usted percibido cómo despierta en él un hambre elemental, el hambre de una fiera del desierto. Es el instinto que le impulsa a destrozarse algo vivo, algo temido hasta el presente momento y del que ahora quisiera saborear la sangre. Este algo vivo y lleno de sangre se llama precisamente en lenguaje abstracto «valores», y con este nombre está escrito en los «libros sagrados» del nuevo Egipto; pues estos valores son maravillosamente vivos y vivaces, ya que, según usted dice, la humanidad los ha nutrido de su sangre y les ha infundido su alma de fuego. No importa que estén inmutables sobre su trono, como «ídolos y otros simulacros de lo celeste sobre las cumbres de lo terrenal y allá en lo bajo, en las aguas subterráneas». Pero Nietzsche no es sólo un destructor, un vampiro, un psicófago: es un legislador. Antes de ser ese «niño» en el que se ha de metamorfosear el «león», según su profecía, rompe las tablas de los antiguos valores, para trazar otros signos *ungue leonis* sobre nuevas tablas. Quiere dotar de un nuevo testamento a este antiguo Egipto, transmutar los valores de esta herencia pagana de las razas. Pertenece a la estirpe de los grandes forjadores de ideales, es un pintor de iconos transformado en iconoclasta. En cuanto a usted, es el agua helada lo que puede calmar su ansiedad y no la sangre caliente; pues no es usted más que un viajero en el desierto y en modo alguno una fiera. Y en el mismo Egipto no es usted un destructor, sino solamente un sembrador

de dudas, de incertidumbres, de disolución ante el tribunal inquisitorial de los sacerdotes. Vuestra condición no es la de un legislador; por otra parte, nada hay que valorar de nuevo, pues en el fondo los mismos valores que usted hubiera establecido corresponderían a los valores reconocidos. Pero usted necesita, no sé por qué, comenzar por el simulacro de despojarlos de su corona rechazándola con ostentación. Tal vez estima usted que no podrían revivir sin morir previamente, que no son divinidades inmortales si no soportan la prueba de la muerte. Le mueve a usted, a mi entender, un impulso secreto y profundo, antitético de los que determinaron la creación sucesiva y secular de los ídolos en el mundo de los gentiles. El genio del paganismo ha proyectado lo que había en él de mejor, en una imagen trascendente o en una idea invisible pero trascendente, imagen supra-sensible; ha objetivado lo que contenía de más elevado, en forma de símbolo, de efigie, de icono, de ídolo. Hasta sobre el mismo «banco de arena donde los tiempos han naufragado» (como se complace usted en decir), en el siglo de Kant, después de la clausura y del emparedamiento definitivo del espíritu por la reflexión en la cámara aisladora de la personalidad individual, este genio trató de salvar la idea en cuanto «idea reguladora» en la conciencia racional del hombre. Usted mismo es, inconscientemente, el representante típico de una tendencia tan antigua como la otra, pero iconoclasta en su esencia, que trata de disolver, de hacer naufragar la idea en el crepúsculo de lo subconsciente. La idea reguladora, como idea, ya sea

trascendente o immanente, le parece a usted inútil, limitadora, despótica. Exige usted un *instinto* regulador. Usted sabe y quiere a Dios no sólo en el cielo visible o en los cielos invisibles al hombre, sino en el alma de fuego de lo viviente, en el soplo de su vida, en la pulsación de sus arterias. Este pensamiento resucita, repito, la antigüedad auténtica, una antigüedad no menos vetusta que los jeroglíficos de Egipto. Evoco las estrofas que he dedicado al hombre primitivo, que no temía la muerte como nosotros la tememos.

Hombre antiguo, más poderoso que nosotros fuiste,
ya que nunca ante el sino ineludible
tus infantiles ojos abatiste.

¿Creía en la inmortalidad del alma? Si creía, esta creencia, en todo caso, no era para él un consuelo ni una esperanza; al contrario, debía engendrar un estado de abatimiento y desconsuelo.

Pero en tanto que el alma náufraga
se entregaba en secreto a la desesperanza,
a los sueños del tenebroso Templo Hospitalario,
madurando en los músculos las fuerzas solares
henchían las arterias de vida eufórica
y la sangre clamaba: Soy inmortal.

¿No es ésta la verdadera fe en la inmortalidad? Se desprende de todas vuestras aserciones que el instinto y su teleología immanente representan el ideal por primera vez perfecto y auténtico, pues armoniza con la naturaleza. He aquí por qué no desea usted utilizar la «libertad de especular», que usted, sin em-

bargo, reivindica, y fiel a sí mismo inaugura nuestra correspondencia, declarando que no cumple hablar, ni aun pensar de concepciones tales como Dios y la inmortalidad.

Perdóneme usted este examen tipológico de su constitución anímica e intelectual. *Amico licet*. Cómo contestar de otra manera a quien repeliendo los procedimientos persuasivos (con la excepción de uno sólo, tal vez el más poderoso: la belleza de las palabras), proclama: *Hoc volo*, tal como mi voluntad es mi sed; y *ut sentio sitioque, ita sapio*. Nos resta examinar las fuentes de la voluntad y la naturaleza de esta ansia. Pero tal examen sería insuficiente si no comenzáramos por fijar la posición de esta voluntad que nos proponemos analizar, como un fenómeno esencial con relación al trastorno general que presentamos. Ahora bien, ¿qué es lo que ocurre en nuestros días? ¿Se trata de rechazar los valores en general? ¿O bien de su disolución, que atestigua su destrucción parcial o total? ¿O bien de la transmutación de los valores anteriores? Siempre resulta que los valores de ayer están profundamente trastornados. Y temo que usted sea uno de aquellos que se regocijan del terremoto, al estimar que si el viejo Egipto no es destruido, la imagen de la perfección que antes iluminaba la cuna de cada uno de sus hijos permanecerá por siempre enterrada en los nichos interiores de las pirámides, bajo los bloques azotados por los vientos. Sin embargo, no es bajo vuestro signo donde se crea aparentemente la historia; ésta quiere, obstinada, permanecer historia, suscribir una página nueva

en los anales de Egipto, es decir, de la cultura. No busquemos lo que hay de contingente, imprevisto e irracional en el curso de los acontecimientos; examinemos el estado de los espíritus. Las corrientes anárquicas no predominan; en su esencia son como la correlación o la sombra del régimen burgués. Lo que se llama el proletariado consciente permanece enteramente en el terreno de la continuidad de la cultura. No se persigue la abolición de los valores de la antigua cultura, sino la regeneración de cuanto contienen de objetivo, de extra-temporal; regeneración propuesta a los espíritus como problema supremo y a la que pronto seguirá la transmutación de estos valores. El león, que no procede del camello, sino que, surgiendo de lo profundo, se ha lanzado sobre los valores consagrados, no es una simple fiera como Nietzsche lo concebía, sino un león-hombre, «al cual no es extraño nada de lo humano». He aquí que, según el símbolo de Nietzsche, rompe las tablas antiguas y se esfuerza por inscribir en otras tablas, *ungue leonis*, una ley nueva. Pero con esto estropeará en balde muchas placas de mármol y de bronce eterno. Mas creo igualmente que la señal profunda y única de la garra del león no se borrará con los siglos de los monumentos de nuestro antiguo Egipto. Por de pronto, no se trata aquí del contenido de estas «doce tablas» nuevas, sino solamente del método empleado para tratar los valores. El método de la revolución, que nos ha hecho varar, cansados y agotados, en un sanatorio público donde nos entretenemos sobre nuestra salud, es un método esencialmente histórico y so-

cial, incluso estatal y no puramente utópico y anárquico, o sea individualista; es un método de hombres sedentarios, decididos a mantenerse, y no un método de nómadas errantes, y esto, repito, en cuanto no nos referimos en este momento a la ascensión espiritual, este progreso vertical, donde el principio individual, la personalidad humana—una y única en el tiempo—, se reintegra a todos sus derechos y obligaciones.

De nuevo nos aproximamos a su círculo sagrado. Afirmando que en la personalidad, en el espíritu que la anima, están incluidos el Monte Nebo y la tierra prometida. Usted opone la personalidad al valor, hablando de la madre de Napoleón envolviendo a su hijo en pañales y de esta misma madre contemplando, como extraña, a su hijo sobre el trono de la gloria mortífera, que debía parecerle cual sarcófago suntuoso y helado, con los restos de la vida, del amor pasado. Amigo mío, las tendencias más profundas de la voluntad humana han sido admirablemente exteriorizadas por aquellos faraones que consideraban la construcción de una tumba digna de ellos como el problema esencial de su vida. Todo lo que vive aspira no sólo a su conservación, sino a la autorrevelación, aunque sepamos que esta última significa automáticamente el agotamiento, la destrucción, la muerte —y tal vez la eterna memoria—. El deseo de dejar vestigios tras sí, convirtiendo la vida en monumento de valor; de desaparecer, asegurando nuestra conservación en el culto vivo del principio que nos anima, es la fuente del «aretaísmo» primordial humano, como los helenos, los dorios denominaron su impera-

tivo categórico, de virtud actuante. La iniciación de los hombres en los misterios más elevados les ha revelado otra imagen, la imagen del Hombre-Dios, que expresa esta misma tendencia a la muerte en nombre de la vida. La verdad, el amor, la belleza, quieren ser eucarísticos: «Tomad y comed; éste es mi cuerpo.»

Tomad y bebed; éste es el cáliz de mi sangre.

Mi carne es verdadero manjar; mi sangre verdadera bebida.

No es la madre de Bonaparte ante el trono de su hijo; es María, al pie de la cruz, quien simboliza el corazón frente a la gran verdad del valor ecuménico. El valor debe ser crucificado, colocado en la tumba, enterrado bajo la piedra y sellado: el corazón le verá resucitar el tercer día.

Aquí su voz se une de pronto a la mía; unidos por el amor y una esperanza común, profetizamos al unísono, usando las palabras de usted y no las mías, que el hambre del corazón y el deseo del espíritu serán colmados, «de modo que lo que era personal vuelva a serlo enteramente tras de haber adquirido un carácter de universalidad, de tal modo, que el hombre, en cada una de sus manifestaciones, reconozca, como María, a su hijo y a Dios».—*V. I.*

X

A V. I. IVANOV

Me hace gracia; parece usted un médico tratando al paciente; mi enfermedad os aflige amistosamente, socialmente os inquieta y hasta os irrita. Después de haber sentado desde el principio un diagnóstico falso, se extraña usted ahora de que sus medicamentos no den resultado. Intenta usted disipar mis sentimientos con los argumentos de la razón histórica, y habiendo fracasado, lo atribuye usted a mi obstinación. Tan inútil es que un padre pretenda convencer a su hijo de que la joven a quien ama no le hará feliz, como decir al sediento: no bebas, espera; tu sed es imaginaria, y pasará sola. Por otra parte, no renuncio enteramente a los razonamientos; a vuestra copiosa argumentación opongo por lo menos una que, desde el punto de vista metodológico, las abarca a todas. Heráclito dijo: *Καλεπὸν θυμῷ μάχεσθαι φυχῆς γὰρ ὄνειται*; «Es duro luchar con el corazón; cada deseo obtenido se compra al precio del alma.» Sigo su ejemplo, diciendo que la razón histórica, en sus argumentos respecto a la cultura, tiende espontáneamente a glorificarla. Si usted juzga necesario examinar la naturaleza de mi sed, no es menor mi derecho a establecer la causa de vuestra saciedad.

Veamos ahora sus observaciones referentes a Nietzsche. Una vez más se ha equivocado usted, mi

buen doctor. He leído poco a Nietzsche, no era de mi devoción, y ahora me doy cuenta de que mi *pathos*, según usted dice, lejos de ser idéntico al *pathos* de Nietzsche, le es absolutamente contrario. Siendo él mismo un enfermo, Nietzsche juzgó posible establecer el pronóstico de la enfermedad de la cultura, y, fundándose en él, legislar para el porvenir. El hombre de cultura debe dar nacimiento al león y luego éste al niño; por consiguiente, conviértanse en leones lo antes posible, atrévanse, destrúyanlo todo con sus zarpas. Pero me parece que después de la terrible guerra de 1914-1918 es difícil hablar de engendrar leones. Ciertamente que esta guerra ha demostrado que el hombre culto e instruido de nuestro tiempo ha madurado ya una fiera sanguinaria, pero no es, en modo alguno, un león; de manera que tengo pocas esperanzas que de él nazca algún día el niño. No, no somos nosotros quienes han de dictar leyes para el porvenir. Debemos contentarnos con conocer nuestro mal y aspirar a un remedio. Esto es ya el principio de una posible curación. Nietzsche sólo es grande en sus gritos de dolor y en sus descripciones de la enfermedad de la cultura que agota a la humanidad.

Percibo en vuestros argumentos una nota fundamental: un respeto filial por la historia. Le repugna a usted juzgarla, acepta con fervor todo lo que ella ha creado y le escandaliza mi impertinente rebelión. En una de sus cartas precedentes escribía usted muy convencido acerca del pecado original de hombre; seguramente entendía por tal el de haberse diferenciado y escindido en individualidades herméticamente

te cerradas. Esto significa que usted reconoce libre en cierta medida a la voluntad humana para determinar su ser. Pero entonces, ¿por qué se siente usted vejado por mi afirmación de que la cultura contemporánea procede de un error, de que el hombre de nuestro planeta ha tomado el mal camino, extraviándose en una selva oscura y sin salida? Desde luego que, examinada en toda su extensión la historia, es razonable que todo lo que ha ocurrido, lo ha sido, según reglas suficientemente fundadas; pero una explicación no es una evaluación. Las astas del ciervo se han desarrollado sujetándose a las leyes naturales para servirle de medio de defensa y de intimidación; pero en otras especies, y también, según las leyes naturales, las astas han adquirido tales proporciones, que impiden la carrera a través de los bosques, y la especie acaba por extinguirse. Este fenómeno puede compararse al de la cultura. ¿No son comparables nuestros «valores» a estas astas? Forman primero un atributo individual; luego, de la especie entera, y, finalmente, tras un crecimiento exagerado, nefasto para la personalidad, ya sólo constituyen un impedimento.

Sí, tiene usted razón. Su lógica no tiene para mí fuerza de ley. En ninguno de sus puntos, la verdad histórica representa un valor sagrado, puesto que se trata de una verdad en trance de creación, de una verdad experimentada y controlada por cada personalidad aislada. Habiéndola controlado mediante el sentimiento absoluto, mi personalidad le dice: eres mentira, no puedo adorarte. Le digo a Perún: no eres

más que una efigie de madera y no Dios. Yo siento a Dios, como un ser invisible y omnipresente, y usted trata de persuadirme de que este ídolo es el símbolo de mi Dios y que me bastaría concebir el sentido de este símbolo, para que pueda plenamente reemplazar a Dios. Y aunque sus explicaciones, respecto a la naturaleza simbólica del ídolo sean muy interesantes, muy profundas (me tiene usted dispuesto a escucharle indefinidamente, casi convertido por sus argumentos), pero el aspecto de este ídolo es tan espantoso, repugna tan profundamente a mis sentimientos, que no puedo dominarme. Evoco todos los sacrificios que le hemos ofrecido y que le ofreceremos aún, día tras día, por orden de sus sacerdotes. ¡Pesados y sangrientos sacrificios! ¡No, no! No es mi Dios. *Mi Dios* es invisible, no exige, no aterroriza, no crucifica. *Es* mi vida, mi movimiento, mi libertad, mi auténtico querer. He aquí lo que pensaba cuando le decía que los calientes y especiosos brebajes de la filosofía contemporánea, del arte, de la poesía, repugnan a mi sed, que sólo el agua helada del manantial es capaz de apagar. Pero para nosotros ya no hay agua viva. Los manantiales han sido captados para los depósitos, canalizados sobre centenares y centenares de kilómetros, esterilizados luego en los filtros, y finalmente, este flúido ya sin vida, es tratado por los medios industriales; bebemos, en fin, agua hervida, o bebidas de gusto, color y perfume compuestos. Ante estos lujosos recipientes que contienen la filosofía tibia y densa, o la poesía ardiente y aromatizada, se puede morir de sed sin tener

a su alcance un solo sorbo de agua fresca. Perdóname usted la extensión de esta metáfora: el calor es intenso; en ninguna parte hace fresco; bebo constantemente agua hervida, tibia, y he agotado toda el agua de mi botella, sin calmar la sed; sin duda esto ha motivado que hablara de sed. Recordaba un día tan tórrido como éste, en el que bebí en el hueco de mi mano el agua de una fuente umbría; era hace ya muchos años, en el bosque de Kuntsevo. Hacía fresco y era delicioso beber esta agua pura y helada, aunque por la voluntad del destino y el mandato de la cultura, me vea obligado a vivir en una ciudad, encerrado en el cuarto sofocante de un sanatorio, cuyas ventanas dan sobre un muro, a beber un agua tibia e insípida, mientras ahuyento nubes de moscas, no puedo olvidar que existen bosques llenos de frescura y suspirar por ellos. He aquí una idea, y no será la última:

**¡Que nuestro destino laborioso perdone
a nuestros hijos, jamás repitiéndose!**

Si la lógica del pensamiento abstracto no influye sobre mi sentimiento, la de la historia es también impotente contra él y no le inspira ningún temor supersticioso. Como argumento contra mí, utiliza usted, no sólo la validez del pasado, sino también su continuación (los acontecimientos actuales), lo que, a su juicio, constituye el argumento supremo y decisivo. Me invita usted a considerar imparcialmente la revolución que se lleva a cabo en estos momentos; su

santo y seña, dice usted, no consiste en rechazar los valores de la antigua cultura, sino precisamente en universalizarlos; no se trata de una rebelión contra la cultura, sino de una lucha en nombre de la cultura, y «el proletariado está enteramente colocado en el terreno de la transmisión y de la continuidad de la cultura». Sí. Pero ¿adónde conduce todo esto? Sólo vemos que el proletariado se apodera de las riquezas acumuladas por una minoría. Pero ignoramos totalmente lo que ve en estos valores y la razón por qué se apodera de ellos. Tal vez no ve en ellos más que el instrumento de su esclavitud secular y no desea apropiárselos tanto como arrancarlos de las manos del tirano. O quizá con el transcurso de estos largos siglos esclarecidos, haya acabado por creer en los elogios que la cultura se prodiga a sí misma y espera enriquecerse con sus valores. Pero quién sabe si teniéndolos en sus manos y examinándolos, se aperciba tal vez de que no representan más que cadenas y lastre, y arrojándolos con cólera y decepción pretenda crear otros valores. Tal vez se los cargue sobre sus espaldas con entera confianza y los lleve más allá, aceptando concienzudamente «la herencia de la cultura». Pero aun utilizando los antiguos valores les infiltrará inconscientemente un espíritu nuevo, de tal manera que, tras un breve lapso de tiempo, su composición molecular habrá sufrido tan profunda metamorfosis que no habrá quien los reconozca. Es posible (y así lo espero) que luchando actualmente para apropiarse los valores de la cultura, el proletariado se equivoque de buena fe. Cree que los necesita en sí

mismos, cuando en realidad sólo pueden ser un medio para otras conquistas. Esta es la ilusión habitual de nuestra voluntad. El hombre crea el aeroplano, pensando sólo en la utilidad técnica de su descubrimiento que le permitirá volar transportando la cotización de la bolsa de New York a Chicago. Ignora que si el espíritu le impulsa a construir alas, no es precisamente por estas miras terrenales, sino para que se arranque de la tierra y pueda cernerse sobre ella. Ignora que la fe en una ascensión hacia otros universos ha madurado ya en él y que el aeroplano no es más que una primera y débil realización de este ensueño fortalecido ya en él y transformado en convicción: «dame el tiempo necesario y tomaré impulso para hundirme en el éter para siempre». Así en la noche de los tiempos, el hombre primitivo hizo surgir del sílex la primera chispa, habiendo reconocido la inoportunidad de las tinieblas y su poder para vencerlas; y así, dando vuelta al conmutador, transformamos la noche en día. El proyecto consciente no revela el fin verdadero; el espíritu fija la finalidad en sí mismo y sólo comunica a la consciencia la dirección del primer paso, luego del segundo y así sucesivamente. Pero sólo el espíritu conoce el recorrido por entero, y he aquí por qué después de cada paso la consciencia se cree traicionada. Wundt llama a esto la *heterogenia* de las finalidades; en el curso de su realización la finalidad propuesta por la consciencia, se desplaza, o es reemplazada por otra finalidad cuya esencia difiere de la primera y así sucesivamente, eslabón tras eslabón; el segmento de línea recta que habíamos es-

tablecido, aparece súbitamente como una curva; es el espíritu que imperiosa, pero imperceptiblemente, dirige nuestros pasos hacia el objeto de su ensueño, ignorado por la inteligencia. Lo que la revolución nos muestra en este momento no permite, en modo alguno, adivinar su finalidad, el objetivo lejano, por el cual el espíritu ha hecho surgir esta revolución.—M. G.

XI

A M. O. GERSCHENSON

Querido amigo: ¿No nos hemos comprometido acaso bastante, cada cual a su manera: yo por mi misticismo, usted por su utopismo anarquista y su nihilismo respecto a la cultura, como juzgaría y definiría nuestra posición «la mayoría compacta» (palabras de Ibsen) de las asambleas y de los mítines de nuestro tiempo? ¿No procederíamos mejor volviendo a nuestros zíncones respectivos, tendiéndonos sosegados cada uno en su cama? No me place abusar de la melancólica confesión de Tivtchev: «¿Cómo se expresará el corazón? ¿Cómo ha de comprenderte otro? ¿Comprenderá de qué vives? El pensamiento enunciado es mentira.» Quiero pensar que lleva la marca, no de la eterna verdad, sino del yerro fundamental de nuestra época desmembrada y dispersa, incapaz de crear una conciencia ecuménica, época destinada a realizar las penúltimas conclusiones deri-

vadas del pecado primordial de la «individualización» que envenena toda la vida histórica de la humanidad y a la cultura entera. Nos esforzamos por triunfar de este principio de muerte a toda hora, creando sin cesar cultos mayores y menores; cada culto ya es ecuménico mientras vive, aunque reúna solamente dos o tres fieles, y esta ecumenicidad sólo surge por un instante para extinguirse de nuevo, pues la hidra, desgarrada por la lucha intestina de la cultura, no logra transformarse en culto armónico. Pero el ansia de unidad no debe arrastrarnos a concesiones, es decir, a la creación de un lazo aparente y externo, allí donde las raíces de la consciencia, los vasos sanguíneos de los seres espirituales, no se han entrelazado en una trama única. En el fondo más profundo, que nos permanece insondable, somos un solo sistema circulatorio ecuménico, que nutre un solo y vastísimo corazón humano. Pero no debemos tratar de anticipar nada acerca de un sentimiento que nos ha sido otorgado como presentimiento vago y lejano, reemplazando una realidad oculta y santa por un simulacro imaginado. No practicamos ambos el mismo culto. A usted le parece que el olvido libera y vivifica y que la memoria esclaviza y mata; yo afirmo ser la memoria quien libera y el olvido quien esclaviza y mata. Yo hablo del camino que conduce a las cumbres, y usted me dice que las alas del espíritu se han hecho pesadas y no saben ya volar. Usted me dice: «partamos» y yo respondo: «no hay adonde... El desplazamiento sobre una misma superficie no cambiará nada, ni el carácter de esta superficie ni la naturaleza del

cuerpo que se desplaza...» Canté antaño en los *Nómadas de la belleza*:

Belleza os donó árboles ancestrales
y la exigüidad de los cementerios,
mientras a nosotros los libres pastizales.
Una traición diaria, un nuevo campo.

Pero la musa verídica ha obligado al poeta rebelde contra la tradición de la cultura a añadir:

Errante y ficticia ilusión,
cautividad sin redención.

O es preciso abandonar, por el culto, los viejos nidos y los árboles de los antepasados:

Vayamos hermanos
de los bosques sagrados a la oscuridad...
El bastón del destierro no pesa en las manos
—tirso en que un nuevo amor ha brotado—
de los hijos de la deidad.

Es vasta la tierra floreciente y son numerosos los prados claros.

Esperan el beso de nuestros labios
y el ditirambo de los pies cadenciosos...

Sí, será así, querido amigo, aunque no existan aún signos precursores de tal transformación. La cultura se convertirá en un culto a Dios y a la Tierra. Y eso constituirá un milagro de la memoria, de la memoria primordial de la humanidad. Así como la composición de la personalidad humana es múlti-

ple, la cultura no es interiormente homogénea, ni la eternidad es una.

En los senos profundos del mar se mueven las aguas
hacia levante, hacia poniente.
Y en la superficie precipítanse las olas
al Mediodía, al Norte,
hieden el negro abismo, diferentes corrientes numerosas
y fluyen los ríos submarinos del Océano en la púrpura.

De igual modo la cultura encubre un movimiento que nos arrastra hacia las fuentes primordiales de la vida. Sobrevendrá la época del grande y alegre retorno que lo abarcará todo. Entonces las fuentes frescas surgirán de las antiguas rocas, y zarzales de rosas de las tumbas grises. Pero para alcanzar este día hay que ir más lejos, siempre más lejos sin volver atrás. La retirada retardaría el cumplimiento del ciclo de la eternidad.

En cuanto a nosotros, rusos, ¡tantos de entre nosotros hemos andado errantes! Nos vemos impedidos a huir, a huir sin una mirada atrás. Pero hay en mí una repugnancia innata a resolver las dificultades por la huída. Ya dije antes que la cultura de Egipto os era extraña, tan extraña como el verdadero impulso de Nietzsche. El Egipto y la cultura, la esclavitud egipcia, son heterogéneas a casi toda nuestra *inteli-guentsia*, empleada esta palabra en el sentido especial y estricto de un término histórico y social. Claro que, a pesar de su rebelión, es usted, carne de su carne y hueso de sus huesos. Yo no lo soy en modo alguno: soy a medias hijo de la tierra rusa aunque desterrado por ella, a medias extranjero, un discípulo de Sais

donde se pierde la noción de raza y tribu. «Volverse primitivo», he aquí la palabra mágica para nuestra *inteligentsia*, ansia que prueba hasta qué punto está desarraigada. Se figura que «volverse primitivo» significa sentir sus raíces, echar raíces en la tierra. Tal fué el ensueño de León Tolstoi, que lógicamente debe atraerle, así como Dostoievsky que difería profundamente de él debe usted rechazarlo. No deseaba volverse primitivo, pero cuando hablaba del jardín como panacea de vida común, y de la educación de los niños en el gran jardín del porvenir, y aún de la «fábrica» en el jardín, no forjaba un ensueño, sino un programa de acción social, justo por el espíritu y verdadero según la historia. Volverse primitivo es una traición, un olvido, huída, reacción cobarde y que denuncia cansancio. La idea de volverse simple, es decir, primitivo, en el seno de la cultura, es tan falsa como lo es en matemáticas donde sólo se conoce la simplificación. Esta última consiste en la reducción de un número complejo a una forma de simplicidad más perfecta en cuanto representa la unidad. La simplicidad, como suprema realización, significa la superación de lo inacabado por lo acabado, de la imperfección por la perfección. El camino que lleva hacia la simplicidad tan amada y anhelada, debe pasar por la complejidad. No es huyendo de un medio o de un país determinado como la alcanzaremos, sino elevándonos. En todo lugar, lo repito y atestiguo: Betel y la escala de Jacob, se encuentran en el centro de cualquier horizonte. Es el camino de la libertad verdadera, activa y creadora; pero es vana la

libertad robada por el olvido; los que olvidaron sus orígenes son esclavos fugados o libertos, pero no hombres que nacieron libres. La cultura es el culto de los antepasados y sin duda alguna (aún en nuestros días sólo se da cuenta de ello vagamente) significa la resurrección de nuestros padres. La verdadera finalidad de la humanidad consiste en la consciencia, cada vez más clara, de que el hombre es un «Dios caído que se olvida de sí mismo». Tiene que hacer un gran esfuerzo para recordar sus orígenes y su progenitura; hasta el salvaje los ha olvidado. La filosofía de la cultura, en boca de mi Prometeo es mi filosofía:

Inventarán el tráfico,
 el arte, la guerra, el cálculo,
 el poder, la esclavitud,
 para que en el bullicio cotidiano,
 en las inquietudes, en la voluptuosidad,
 en los ensueños, se olvide la voluntad
 recta y entera de ser.
 Pero en tanto el salvaje, en su tristeza,
 perdido en el desierto, vagará...

No se alegra de su vana libertad el salvaje o quien se le haya vuelto semejante, haciéndose primitivo mediante el olvido; está sombrío y pensativo.

Y para no ser un triste huésped sobre la tierra sombría, sólo hay un camino, «la muerte de fuego» del espíritu. Dixi.—V. I.

XII

A V. I. IVANOV

Mala señal puesto que usted se enoja. Despedido por mi sordera, me clasifica usted entre los que quieren «volverse primitivos», entre los que olvidaron sus orígenes, cobardes, fugitivos, incluso me trata usted de «intelectual» desarraigado, mientras se reserva usted, habilidosamente, el título halagador de hijo de la tierra rusa y hasta el de discípulo de Saïs. Lo que más os irrita es mi obstinación en el *sic volo* y que me niegue a razonar. Lo cual es falso, puesto que no ceso de discutir y de rivalizar con usted. Así, por ejemplo, en su última carta establece usted dos afirmaciones: primero, que la cultura misma en su evolución futura nos llevará a los orígenes primordiales de la vida; basta avanzar con celo, dice usted, y cuando lleguemos al término de nuestra viaje, veremos resplandecer la luz tan anhelada, brotar las aguas frescas de las antiguas losas, y de las tumbas grises los zarzales de rosas, es decir, que la cultura desordenada encontrará, gracias a las desviaciones futuras, su castidad inicial. Responderé a esto que no lo creo así y que no encuentro razón alguna que autorice tal opinión: sólo un milagro puede transformar una pecadora en Santa María Magdalena. Según usted sólo hay un camino: la evolución espontánea de la cultura. Su predicción a este propósito concuerda mal

con su segunda tesis, que exige que cada hombre supere la cultura mediante la muerte de fuego del espíritu. Una de dos: si la evolución de la cultura nos conduce inevitablemente a Dios, no tengo para qué inquietarme por mi destino particular: puedo seguir tranquilamente con mis ocupaciones habituales, explicar mi curso sobre el desarrollo económico de Inglaterra durante la Edad Media, construir un ferrocarril de Tachkent a Crimea, perfeccionar los cañones de largo alcance o la técnica de los gases asfixiantes; tengo incluso la obligación de hacerlo, para que la cultura pueda progresar rápidamente, siguiendo la rutina hasta el término tan anhelado de su obra. Pero en este caso, la muerte de fuego de la personalidad es no solamente inútil, sino nefasta, puesto que habiéndose dejado devorar por el fuego y lograda así la resurrección, queda eliminada del cuadro de la cultura. Le recordaré sus propias estrofas:

Sólo quien fué sensible a la melancolía
de los fenómenos terrestres
sintió su belleza.

Y más adelante:

Quien sintió la belleza
conoció el sueño hiperbóreo;
arrullando voluptuosamente en su corazón
plenitud y silencio
llama al azar y al vacío.

Efectivamente es así: llama al azar y al vacío.

Suspenderá inmediatamente su curso universita-

rio y no hará ciertamente ni una sola comunicación más a la sociedad científica a la que perteneció; ni siquiera aparecerá por allí. No hablo ya de «la muerte de fuego del espíritu»—que es tan poco frecuente como la metamorfosis de las pecadoras en santas. ¿Cómo que no razono? Razono y hasta discuto.

Pero sus versos que acabo de citar son caros a mi corazón. Demuestran que usted conoció antaño la nostalgia y el ansia que siento, luego se calmó, adormeció sus nostalgia con sofismas acerca de la apoteosis final de la cultura y la posibilidad permanente de la salvación personal mediante «la muerte de fuego». Tal como es usted ahora, habiendo aceptado fervorosamente la historia entera, en verdad no practicamos el mismo culto. Pero no; nos queda algo de común, prueba de ello es nuestra larga amistad, a través de tantos años. Yo vivo de modo extraño una vida doble. Iniciado desde mi niñez en la cultura europea, me he infiltrado profundamente su espíritu: no sólo he podido asimilármela enteramente, sino que sinceramente la amo en muchos de sus aspectos: amo su salubridad y su confort, amo la ciencia, el arte, la poesía, amo a Puchkin. Como suyo, vuelvo al seno familiar de la cultura, me ocupo de ella alegremente con mis amigos y relaciones, me interesa realmente el tema y los métodos de su elaboración. En esto estoy con usted; tenemos ambos el mismo culto, idénticas prácticas en la feria de la cultura, costumbres y una lengua comunes. Tal es mi vida diurna. Pero en lo profundo de mi consciencia vivo muy de otro modo. Desde hace muchos años que con-

tinuadamente y sin interrupción oigo una voz secreta que desde tales profundidades clama: ¡No es esto, no es esto! Otra voluntad que habita en mí, se desvía con melancolía de la cultura, de cuanto se dice y se hace a mi alrededor. Todo esto le hastía, no sabe qué hacer de ello, puesto que sólo ve una lucha de inquietos fantasmas errando en el vacío. Conoce otro Universo, entrevé otra vida, que no existen aún sobre la tierra, pero que existirán, que no pueden dejar de sobrevenir, puesto que sólo en ellos se cumplirá la realidad auténtica. Yo reconozco en esta voz la de mi yo auténtico. Soy como el extranjero aclimatado en un país extraño: los indígenas me quieren, yo les amo también, trabajo con celo por su bien, comparto sus alegrías y sus penas, pero al mismo tiempo me siento extraño, y suspiro secretamente por aquellos campos de mi patria, por otra primavera, por los perfumes de sus flores y la voz de sus mujeres. ¿Dónde está mi patria? No la veré, moriré en tierra lejana. ¡Hay momentos en que mi nostalgia es tan intensa! Entonces no necesito vías férreas, ni política internacional; la querrela de los sistemas y las discusiones de los amigos a propósito de un Dios trascendente o inmanente me parecen vacías, vacías y molestan la vista como el polvo que se levanta sobre el camino. Mas como aquel extranjero que reconoce a veces con emoción su patria en los tonos del crepúsculo o en el perfume de una flor, siento ya aquí abajo la belleza y la frescura de la tierra prometida. La adivino en las llanuras y en los bosques, en los cantos de los pájaros, en el labrador que

marcha tras el arado, y en la mirada de los niños y a veces en sus palabras, en la divina bondad de una sonrisa, en la ternura del hombre para el hombre, en la sencillez verdadera e incorruptible, en tal palabra de fuego o en tal verso inesperado, que como relámpago cruza las tinieblas, y en tantas y en tantas cosas más... pero, sobre todo, en el dolor. Todo esto lo volveremos a encontrar, son las flores de mi patria, ahogadas aquí abajo por una vegetación densa, dura y sin perfume.

En cuanto a usted, querido amigo, se encuentra en su tierra natal; su corazón está donde su casa, y su cielo realmente está sobre esta tierra. Su espíritu no está dividido y esta entereza me encanta, pues cualesquiera que hayan sido sus orígenes, es flor de aquel país, de *nuestra* patria futura. Por esto creo que en la casa del Padre una misma morada nos está destinada, aunque aquí abajo, obstinadamente, nos quedemos cada uno en nuestro rincón y discutamos acerca de la cultura.—M. G.